

Este orgullo recibió un rudo golpe poco tiempo despues de haber recibido Renan la tonsura clerical.

Habiéndose enfermado el profesor de hebreo, se trató de buscarle interinamente un reemplazo entre los alumnos más aventajados.

Renan, que esperaba que la eleccion recayese en su persona, se vió postergado á un rival. Esto le causó un gran despecho: "Se figuran que no sé hebreo, murmuraba furioso; yo les haré ver que sí!"

Desde ese momento pensó en salir sin ruido de San Sulpicio.

Su hermana Enriqueta le hacía instancias para que abandonase la carrera sacerdotal. Ella no cesaba de repetirle que, á pesar de su ciencia, pasaría desapercibido entre la turba humilde de los sacerdotes católicos; que le estaba reservado un porvenir más brillante si se decidía á hacerse discípulo de los filósofos alemanes y traducir sus obras.

Se acercaba el momento de tomar una resolucion definitiva, pues iba á encontrarse ligado con lazos indisolubles al altar.

Un dia se le oyó exclamar delante de un amigo: ¿Tendré que sofocar mi inteligencia y mi corazón? Este grito, impregnado de una amarga tristeza, revelaba bien claro que Renan no poseía ya la fé.

El abate Dupanloup oyó hablar de las dudas que agitaban á esa alma y le preguntó un día, como era que encontrándose en tal situacion de espíritu, pensaba no obstante en hacerse sacerdote.

—Es que soy pobre, respondió Renan, y esa es mi única fuente de recursos.

—Basta, basta, hijo mío, le replicó el futuro Obispo de Orleans, espantado y desolado. Esperad y orad.

Renan salió del Seminario, pero conservó por algun tiempo la sotana.

El abate Dupanloup continuó siendo su protector por largo tiempo, ayudándolo no solo con sus consejos, tan mal aprovechados por Renan, sino tambien con su bolsa. El le obtuvo un puesto

de prefecto en el colegio *Stanisla*, dirigido entónces por el P. Gratry.

Por más de un año permaneció Renan en el colegio Stanisla desempeñando el cargo de prefecto de estudios. Decidido al fin á seguir los consejos de su hermana, abandonó el colegio, se despojó de la sotana y se dispuso para combatir las doctrinas católicas, resolviendo hacer su carrera en la enseñanza universitaria.

Quiso la casualidad que fijase su domicilio en la misma casa amueblada que habitaba Proudhon, el autor de los tristemente célebres axiomas: *Dios es el mal; la propiedad es un robo.*

Por ese tiempo hizo el conocimiento de Cousin, que le prometió su apoyo, y un poco despues trabó relaciones de amistad con el abate Laménais, que se alegraría quizás de encontrar en Renan un hombre cuya conducta justificaba por decirlo así, la suya. El sacerdote transfuga hizo penetrar á Renan más adentro en la vía del error.

Renan obtuvo una série de triunfos literarios que dieron por resultado su nombramiento para regentar la cátedra de hebreo en el Colegio de Francia, y su eleccion de miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, en la que reemplazó al célebre historiador Augustin Thierry.

Encargado por esa Academia de desempeñar una mision en Siria, aprovechó la ocasion para interrogar las tradiciones, y los monumentos de Galilea y recorrer en todas direcciones la Palestina en servicio de sus designios particulares.

En momentos de emprender su regreso á Francia con su hermana Enriqueta, que le había acompañado en la expedicion y con cuyo auxilio acababa de esbozar esa *Vida de Jesus* que debía conmover tan hondamente al mundo católico, fueron atacados ambos al mismo tiempo de una fiebre pernicioso.

La señorita Renan sucumbió al mal el 24 de Setiembre de 1861; y su hermano debió su salvacion á la robustez de su constitucion.

En momentos de espirar su hermana, Renan se encontraba sumido en una especie de letargo que le duró cuatro dias: cuando despertó de él, su hermana estaba ya en el sepulcro.

Entónces una duda terrible asaltó á su mente.

—Vosotros la habeis enterrado demasiado pronto, gritaba desesperado, pues ella estaba probablemente dormida como yo.

Su dolor era indescriptible y una tristeza profunda se apoderó de su espíritu.

Para consolarme un poco, solía decir á su regreso á Francia, me es necesario trabajar mucho.

En tal estado de espíritu terminó su obra, *Vida de Jesus*, que había empezado en las faldas del Líbano.

Este hombre odiaba ahora todo lo que había amado ántes, y negaba apasionadamente cuanto había afirmado ántes.

Es propio de los grandes dolores el acercar las almas á Dios, manantial de consuelo; pero á Renan su dolor lo alejó más y más de Dios.

De todas las clases sociales partieron protestas enérgicas contra aquella obra impía; y en Marzo de 1867 el Senado francés se puso indignado de pié para imponer silencio á Sainte-Beuve, que pretendía hacer en el seno de aquella grande asamblea el panegírico de aquel nuevo Judas.

Quizá no todos saben que el escritor que impugnaba la divinidad de Jesucristo había comenzado por tratar de rehabilitar al mismo Satanás.

La glorificacion del mal, debía producir necesariamente el ultraje y la blasfemia contra Dios.

La historia nos demuestra que los verdaderos cristianos han sido tambien los verdaderos patriotas. Podríamos citar millares de ejemplos en confirmacion de esta verdad.

El antiguo Seminarista de Tréguier es hoy un hombre que está satisfecho de su estado. El gobierno de la República lo ha colmado de honores y posee una fortuna que aumenta dia á dia, pues siendo muy modestos los gustos de Re-

nan, gasta él muy poco para satisfacerlos.

Sin embargo, preciso es confesar que hemos andado errados al escribir la palabra: satisfecho. No: el no lo está, porque la mano de Dios se ha descargado sobre su familia. Dios le ha castigado en la persona de su hijo, miéntras llega el momento de pedir al padre rigurosa cuenta de sus afirmaciones sacrílegas.

Refiérese que un dia, viendo su esposa al frute de su union con M. Renan atacado de una dolencia que la ciencia no sabía como clasificar, exclamó, encarándose con su esposo:

—Hè ahí las consecuencias de tu *Vida de Jesus*.

Muy bien puede ser ese el primer castigo que recibe Renan.

En todo caso podemos afirmar que Renan sufre mucho en su corazón y en su amor de padre.

No, él no se encuentra satisfecho, porque si ha conseguido honores, no ha podido obtener, sin embargo, la estimacion pública.

Renan ha cavado entre su pasado y su presente un abismo que sólo un sincero arrepentimiento podrá llenar. No obstante, finge creer que entre él y los católicos no media más que una simple divergencia de opiniones. Así ha querido darlo á entender en una carta que dirigió en 1868 al Rector del Seminario de Tréguier, en la que se excusaba de no ir á visitar á sus antiguos profesores, de quienes decía haber recibido preciosas lecciones de honradez, por temor de ofender la "delicadeza y la profundidad de los sentimientos religiosos de aquellos."

¿Debemos desesperar de la conversion de Renan? En nuestros dias hemos visto conversiones admirables.

No hace mucho, un conocido escritor ha roto la pluma con que había atacado al cristianismo y al Papado. Estos ejemplos alientan nuestra esperanza.

Entre tanto, el autor de la *Vida de Jesus* sigue recibiendo de tiempo en tiempo severas lecciones.

El año pasado fué á Lorient en compañía de Julio Simon y de Coppée, para asistir á la inauguración de la estatua de Brizeux.

Coppée leyó en esa ocasion unos versos muy hermosos. Julio Simon y Renan pronunciaron discursos. En momentos que Renan iba á tomar la palabra, recibió de Rennes un despacho telegráfico, que contenía únicamente estos versos sacados de las obras del mismo Brizeux:

"Tenemos un corazon franco para detestar á los traidores; adoramos á Jesus, Dios de nuestros mayores."

Tan grande fué la impresion que la lectura de estos versos, en semejante momento, causó en el espíritu de Renan, que á duras penas pudo éste reunir las ideas que pensaba desarrollar en su discurso.

Por más que se corone de rosas en los banquetes, en los que su falsa alegría no consigue hacer asomar la risa á los labios; por más que declare que el purgatorio "debe ser sin duda un paraje encantador" en el que se prosiguen las aventuras comenzadas sobre la tierra, él no puede dejar de ver, como el Cain de Víctor Hugo, el ojo de los remordimientos que lo persiguen por todas partes.

Pero la misericordia de Dios es infinita; y como se ha dicho con verdad, de las llagas de Cristo mana constantemente el perdon.

El dia en que Renan se resuelva á abandonar la cátedra del ateismo y á posttrarse sinceramente al pié de los altares, encontrará á la Iglesia dispuesta para recibirlo entre sus brazos, para ayudarlo con sus consejos y para consolarlo.

La antorcha de la fé iluminó su infancia y su juventud: ojala arroje su dulce luz sobre los últimos años del escritor breton, ántes que Dios haya hecho caer sobre él la pesada piedra del sepulcro.

El Dr. Ignacio Doellinger.

Ya sabrán nuestros lectores que acaba de desaparecer de la escena de la vida,

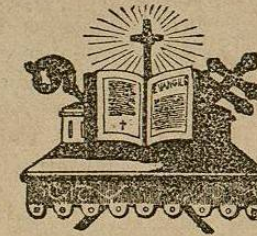
el famoso Dr. Doellinger. Este separóse de la Iglesia en 1870, cuando en el Concilio del Vaticano se definió la infalibilidad del Papa. A Doellinger se le hizo muy extraño el que se diera esa definición dogmática, sin siquiera consultarle á él, y sin ofrecerle un asiento entre los Padres del Concilio. Herido en su vanidad y orgullo, el pobre Doctor se puso resueltamente entre los anti-infalibilistas, y dió su nombre á la secta de los *viejos-católicos*, en cuya comunión perseveró hasta que fué llamado á dar cuenta de su escandalosa rebeldía.

Indudablemente él hizo hablar mucho de sí durante los largos años que fué hijo sumiso de la Santa Madre Iglesia. Su pasmosa erudicion, su talento superior y los varios libros que diera á luz, le hicieron brillar como astro de primera magnitud. La Europa entera se inclinaba delante de su encumbrado mérito, y la Alemania católica sobre todo se gloriaba de haber sido madre de tan esclarecido hijo. El Dr. Doellinger se levantaba soberbio y magestuoso cual cedro del Libano; mas llegó la hora de la prueba; se desencadenó furioso contra él el viento del orgullo; y como no tuviera echadas hondas raíces en el terreno tan sólido de la cristiana humildad, se vino desplomado al suelo, victima miserable de una pasion nunca combatida y sojuzgada.

Los enemigos de la Iglesia saludaron alborozados su caída; los *viejos-católicos* le recibieron triunfantes en sus brazos: los hermanos del mandil le alcanzaron hasta una cátedra de Teología en la Universidad de Munich, esperando todos que el afamado Doctor les ayudaría á dar el golpe de gracia á la aborrecida Roma. Mas la consecuencia de tanto júbilo fué un tristísimo desengaño: la gloria de Doellinger acabó con su apostasia: su poderosa inteligencia se vió paralizada y exterilizada; sus palabras resonaron entónces como en un desierto, y la Iglesia Católica siguió rebozando vida y vigor como ántes, compadeciendo del infeliz que osaba desafiar su divina autoridad y escribiendo en sus anales una nueva y muy señalada victoria contra las potestades de las tinieblas.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. FRANCISCO ZUÑIGA.

TOM. VI.

GUADALAJARA, MAYO 8 DE 1890.

NUM. 33.

SECCION I.

CARTA

SU SANTIDAD EL SR. LEON XIII,

AL CARDENAL BENAVIDES,

ARZOBISPO DE ZARAGOZA.

A nuestro querido hijo Francisco de Paula, del título de San Pedro, en el monte Janículo, de la Santa Iglesia Romana, Presbítero Cardenal Benavides y Navarrete, Arzobispo de Zaragoza.

Amado hijo nuestro, Salud y Bendicion Apostólica.

Muchísimo Nos ha complacido la noticia que nos comunicas en tu carta del mes de Enero último, anunciándonos la celebracion de un nuevo Congreso Católico español, que habrá de verificarse en la ciudad de Zaragoza, presidido y autorizado por los Reverendos Prelados españoles. No menor satisfaccion hemos experimentado al ver que pides á esta Silla Apostólica luz y consejo oportuno para que esa segunda Asamblea pueda llevarse á feliz término. Todo esto, en verdad, Nos sirve de grandísimo consuelo y alienta nuestra esperanza, porque ya el primer Congreso Católico celebrado en Madrid en el año anterior, renombrado justamente por los eminentes varones en dignidad, en ilustracion y en doctrina que en él tomaron parte y que tú presidiste, dió clarísimo testimonio

de fé y de singular constancia y fortaleza al defender de una manera tan solemne los derechos de la Iglesia y de la doctrina católica.

De aquí nace la grata esperanza de que el segundo Congreso por tí convocado y que ha de celebrarse en esa ciudad nobilísima por la piedad de sus habitantes, á la que tanto ennoblecen las palmas de sus mártires y la proteccion de la Excelsa Reina de los Cielos, no cederá en importancia al primero de Madrid; ántes bien, confiamos en que aún será más célebre, por el número de sus miembros y por los resultados que de él han de esperarse. Con gran oportunidad y sabiduría han sido escogidos los temas y propuestas las materias que en el referido Congreso serán objeto de estudio. Solamente resta que sean expuestas las tesis doctamente, y que se expliquen aduciendo valiosas razones que convengan para afianzar, tanto los fundamentos de la Iglesia, como los de la sociedad en los tiempos actuales.

Abrigamos esta confianza apoyados en la que Nos inspira desde luego la recta y moderada prudencia y la autoridad de los Obispos que han de dirigir las deliberaciones del Congreso, y muy especialmente en la tuya, amado hijo nuestro, pues de esa manera obrarás en armonía con la dignidad de que estás revestido. Siendo los Obispos españoles los que presiden esta obra, servirá, sin duda alguna, para que todos los fieles de